

Juan Pablo Duarte (*)

Por JOSE RAMON LOPEZ (1)

Las patrias latinoamericanas nacieron de los formidables tajos de las gloriosas espadas de sus guerreros libertadores.

Plasmaron la patria dominicana luchadores semejantes. En el libro de la Fama se podrá leer la relación de sus inconcebibles hazañas; pero la génesis de la nación dominicana es más alta y más pura todavía: comenzó en el corazón del más virtuoso entre todos sus hijos, en el corazón de Juan Pablo Duarte, varón integérrimo que ofrendó fortuna, legítimas ambiciones, todo cuanto material y espiritualmente tenía, en homenaje a la patria que amó entrañablemente.

Juan Pablo Duarte, vástago de una distinguida familia, nació en la ciudad de Santo Domingo, el día 26 de enero de 1813. Su padre era un rico comerciante, y cuando Juan Pablo entró en la adolescencia, el padre lo envió a Barcelona a completar sus estudios. Desde niño era Juan Pablo un entusiasta patriota y, como en todos los grandes y arraigados amores, la ausencia y los años, lejos de desvanecer su adoración por la tierra que le vió nacer, magnificaron ese cariño y cuando, ya hombre, regresó a la patria, hizo ante su propia conciencia el juramento de libertarla de sus crueles opresores.

Cuando desembarcó Duarte en Santo Domingo, a su regreso de España, el espectáculo que se ofreció a sus ojos era desolador. (a) Como único caso en la his-

toria, una raza superior por su ilustración, por los ideales que acariciaba, por la grandeza caballeresca de sus tradiciones, se veía conquistada por un pueblo intelectualmente inferior, todavía sin lineamientos morales, y que sólo en número le superaba.

Imposible la asimilación, porque eran elementos que se repelían, los haitianos recurrieron a la destrucción. Puesto que la aligación no era factible, consideraron que su política debía ser desarraigar todo lo existente para suplantarlos con la raza de Occidente. La iglesia fué perseguida y desconsiderada. La intelectualidad tan amenazada, que todas las familias cultas emigraron, despojando de sus luces a la Patria y fijándolas en las tierras vecinas, que sus descendientes honraron en seguida: a Cuba fueron los Heredia, los Pichardo y otras familias distinguidas por su excelso talento. A Venezuela fueron los Rojas y los Baralt, descendiendo de estos últimos el célebre Don Rafael María Baralt. En Puerto Rico se refugiaron los Rodríguez, tronco de la inspirada poetisa Doña Lola Rodríguez de Tió, y se encontró también entre los emigrantes a esa isla una de las abuelas (2) del eminente sabio Don Eugenio Ma. de Hostos. Los acomodados realizaron los bienes que pudieron, abandonaron los demás y buscaron también en agenas tierras salvación para su vida amenazada.

Naturalmente, privado el país de intelectuales y de ricos, es decir, desprovisto de cerebro y capital que, con el trabajo, son las fuerzas propulsoras del progreso social, la decadencia se aceleró, y en pocos años no quedó en el país sino el esqueleto de la Patria de

(*) Esta breve semblanza de Duarte, debida a la pluma de don José Ramón López y Lora, acaso el mejor y más leído periodista dominicano de su tiempo, fué destinada a un libro de lecturas para las escuelas nacionales, obra que no llegó a publicarse. Esta página vió la luz en la *Revista de Educación*, en su edición correspondiente al 30 de marzo de 1919.— (V. A. D.)

(1) José Ramón López (1866-1922), nacido en Monte Cristi, pero educado en el culto ambiente de Puerto Plata, ha sido uno de los más auténticos temperamentos periodísticos del país. Unía en su espíritu cultura, lógica e ingenio. Sus artículos se leían con gusto en todas las clases intelectuales, pues era a un tiempo mismo profundo y llano. Las cuestiones más arduas sabía tratarlas con vivacidad y sencillez al alcance de todas las mentalidades. Introdujo en el estilo periodístico nacional los párrafos sencillos y sin rebuscamientos literarios. Fué un verdadero innovador de la prosa periodística en el país, que hasta su tiempo se resentía de un acento oratorio y grandilocuente. (Manuel A. Amiama: *El Periodismo en la República Dominicana*. S. D., 1933, p. 66).

(2) Alude a María de Altagracia Rodríguez y Velasco, nacida en esta ciudad el día veinte y seis de Junio del año 1782, bautizada en la Santa Iglesia Catedral el diez de Julio del mismo año, hija legítima del Escribano Público Dn. Josef Manuel Rodríguez y Fernández, natural del Puerto del Príncipe, en la isla de Cuba, y de María de Belén Velasco y Arenas, natural de esta ciudad, siendo su Padrino el Pbro. Manuel Hernández, Teniente Cura de dicha Catedral, oficiando en el bautismo el Pbro. Doctor Dn. Thomas de Heredia, canónigo doctoral. (*Archivo Eclesiástico, Libro XXI de Bautismos, folio 263. Estante B, Cajón 5, Legajo 3*).— Don José Manuel Rodríguez y Fernández, el bisabuelo del sabio educador y patriota antillano Don Eugenio María de Hostos, murió en esta ciudad el día 9 de Junio del año 1797, y fué enterrado en la Iglesia conventual de San Francisco, hoy en ruinas, conforme a una de las cláusulas de su testamento, el cual otorgó ante el escribano Don Manuel López. (*Archivo Eclesiástico, Libro XII de Obitos, folio 388. Estante B, Cajón 17, Legajo 6*).— (V. A. D.)



enantes. Hasta los edificios públicos, que eran gloria arquitectónica y arqueológica de la ciudad de Santo Domingo fueron arruinados entonces expreso. Inicióse adrede la ruina del más antiguo templo de América: el majestuoso San Nicolás; comenzó el derrumbe aposta del robusto San Francisco, construido como para duración milenaria; y hasta la Casa del Almirante, fabricada y habitada por el hijo del Descubridor, casa que debió ser la Meca de la América, vió robadas sus columnas para erigir el caserón llamado Palacio de la Plaza Catedral.

Contristado, que no apocado, el ánimo de Duarte, pues en los hombres de entero corazón la adversidad no debilita, sino que acrisola el valor moral, desde su arribo dió a conocer su ideal de redimir la Patria, haciéndola dueña de sus destinos.

Parecía eso testarudez de emocionalista, y no era sino fe en la eminente verdad de la justicia histórica, en la virtualidad del derecho que, si débil en sus principios, amalgama e incorpora a su propio ser las fuerzas circundantes y un día se yergue todopoderoso ante quienes le juzgaban impotente.

Duarte perseveró en su propaganda patriótica y le dió fuerza irresistible de persuasión con la autoridad de sus personales virtudes. Era un Apóstol intachable. Nadie podía desvirtuar sus doctrinas con una mácula de su vida individual. Buen patriota, buen amigo, cumplidor de todos sus deberes. Cuanto era interés personal en pugna con sus ideales de colectividad quedaba descartado. Para él negocio lucrativo, aunque sórdido, era conservarse cordial con los tiranos. Naturalmente, desechó esa conveniencia individual.

Bien trabajada por él la opinión pública, universalizado el deseo ferviente de independencia, el 16 de julio de 1838 fundó la Sociedad patriótica "La Trinitaria", que fué el Estado Mayor de que se rodeó para proseguir con eficaz método sus trabajos libertadores. Componían la asociación, éstos aspirantes a la Gloria, que habían de ser ungidos por ella y por el Dolor: Juan Pablo Duarte, Juan Isidro Pérez, Pedro Alejandrino Pina, Félix Ma. Ruiz, José Ma. Serra, Benito González, Felipe Alfau, Jacinto de la Concha y Juan Nepomuceno Ravelo. Nueve grandes padres de la Patria que llevaban en el santuario del corazón la República de Febrero.

El lema que dió Duarte a los fundadores de "La Trinitaria", y que hoy integra la divisa de la República, fué *Dios, Patria, Libertad*. Toda la intensidad

anímica dominicana estaba, y sigue estándolo, sintetizada en esas tres palabras. *Dios*: la idea de moral y de equidad. *Patria*: el resumen de todos los amores, de todas las aspiraciones, de cuanto es ideal y admirable a un caballero. *Libertad*: la reivindicación de todos los derechos y deberes del individuo, la fuerza motriz de la civilización.

Duarte no desdeñaba las realidades de la tierra y sabía aprovecharlas para servicio del ideal, aunque jamás las utilizó para sí. Los haitianos, cansados del largo gobierno de Boyer, se inclinaron en mayoría al partido reformista, que lo derrocó del poder en 1843. Duarte arrastró a sus compatriotas a ayudar a los revolucionarios, en la esperanza de que la perturbación política fuera propicia al fomento de la idea separatista; pero el valer no puede ocultarse, y quedó tan manifiesto el prestigio de Duarte, que el nuevo Gobierno haitiano ordenó su encarcelamiento y la de otros distinguidos patriotas. Para salvarse, Duarte, ocultamente, emigró a Curazao.

Sánchez, de quien se corrió la voz de que había muerto, quedó oculto en la ciudad de Santo Domingo, y continuó, con Mella y otros separatistas, los trabajos de "La Trinitaria". A principios de 1844 la opinión pública estaba suficientemente preparada y tenía, no ya deseos pasivos de independencia, sino ansias activas, el ferviente propósito de incurrir en todo género de sacrificios para alcanzar el objetivo del ideal.

Entonces escribió Sánchez (3) a Duarte pidiéndole armas y municiones "*aunque fuera a costa de una*

(3) Algunos escritores dominicanos le han atribuido únicamente a Francisco del Rosario Sánchez esta carta, sin fijarse en que lleva también la firma de Vicente Celestino Duarte, reconocido como hombre de instrucción por nuestra Historia. En efecto: el talentoso General Gregorio Luperón, que trató íntimamente a Vicente Celestino Duarte en las horas muertas de la vida de campamento durante la Guerra Restauradora, le califica de ilustrado (Luperón, NOTAS AUTOBIOGRAFICAS Y APUNTES HISTORICOS... , tomo I, pág. 221). Y no sólo nos lo recomienda como instruido el famoso capitán historiador puertoplateño, que igualmente nos hace el elogio de la valentía que demostró don Celestino en lo más cruento de aquella inmortal cruzada. En las páginas 230 y 231 del mismo tomo primero de la obra ya citada, al hablar del combate de San José de los Llanos, asienta Luperón:

"Avanzó (habla de sí mismo en tercera persona) y fué rechazado, dejando tres muertos y llevándose treinta y siete heridos, entre estos a los coroneles Olegario Tenares con tres balazos, Brigman (a), con otros tres, Manuel Rincón con dos, un capitán de Cuaba, común de San Francisco de Macorís, con cuatro balazos. Salvó todos sus heridos, sostuvo un combate de retirada en la gran sabana del Guabatico, donde mostró rasgos sublimes de valor don Celestino Duarte, que era Comisario Pagador de la tropa, a quien Luperón, mirando lo comprometido de la situación por la superioridad de la fuerza enemiga, mandó re-



estrella del cielo", y el gran Libertador no vaciló en sacrificar en homenaje al surgimiento de la nacionalidad, no solamente su herencia sino también la que correspondía a sus hermanas. "*El único medio —les escribió entonces— que encuentro para poder reunirme con ustedes es independizar a la Patria. Para conseguirlo se necesita recursos, supremos recursos, y cuyos recursos son: que ustedes, de mancomún conmigo y con nuestro hermano Vicente, ofrendemos en aras de la Patria lo que a costa del amor y del trabajo de nuestro finado padre hemos heredado. Independizada la patria PUEDO HACERME CARGO DEL ALMACEN y, HEREDERO DEL ILIMITADO CREDITO DE NUESTRO PADRE y de sus conocimientos en el ramo de marina, nuestros negocios mejorarán, y NO TENDREMOS POR QUE ARREPENTIRNOS DE HABERNOS MOSTRADO DIGNOS HIJOS DE LA PATRIA*". Como se vé, Duarte regalaba a la Patria su patrimonio y el de sus hermanas. No lo prestaba ni, mucho menos, pensaba en resarcirse con los dineros públicos después del triunfo. Duarte no era tan sólo un valor moral, íntegro patriota, sino que estaba también inspirado por la más sincera abnegación.

Para febrero de 1844 ya habían regresado los regimientos dominicanos que habían llevado a Haití como rehenes, y los patriotas capitalinos consideraron oportuno el momento para dar el grito de Separación.

Reuniéronse en la Puerta del Conde la noche del 27 de febrero y proclamaron la República Dominicana, soberana e independiente. La penúltima nación libre acababa de nacer en América, en esta nuestra América Antillana.

Se fundó una Junta Central Gubernativa que, apenas organizada, mandó a buscar a Curazao al más culminante de los Padres de la Patria, y Duarte llegó al país el 14 de marzo y fué incorporado a la Junta Central.

tirarse del combate, dada la ancianidad de Duarte; mas el ilustre patriota se resistió respondiendo: "*No me retiraré, General; que hoy hay gloria para todos los dominicanos. . .*" Se retiró peleando cuerpo a cuerpo en una sabana tan extensa como lo es la del Guabatico". (Nota del Dr. A. G. Ll.)

(a) El general Brigman era originario de Alemania. Impetrando gracia en su favor, escribieron al Presidente Cabral el 27 de febrero de 1867 el general Marcos E. Adón y el licenciado Nicolás Ureña de Mendoza, lo siguiente: "Consta además que Brigman ha derramado su sangre defendiendo con su espada esta su Patria adoptiva, como lo demuestran las cicatrices largas que conserva en su cuerpo, causadas por las balas de las tropas españolas en la gloriosa lucha de la Restauración". El Gral. H. Brigman fué bae-cista furibundo y en mayo de 1876 (La Paz, núm. 33) volvió a estar preso en Santiago por asuntos políticos.— (V. A. D.)

Pero ya la ignorancia tejía las redes en que había de caer cautiva la felicidad de la República que, como algunos insectos, devoraría a sus progenitores. El 13 de julio de 1844 un movimiento insurreccional de las tropas a quienes se había confiado la defensa de la República y la estabilidad de sus instituciones, derrocó a la Junta y proclamó Jefe Supremo, es decir, dictador, al General Santana, que de General de los ejércitos libertadores, descendió ese día a caudillo de insurrectos, germinando así en la Patria independiente la cizaña que sembró en la Conquista el rebelde Roldán.

El ejército dominicano vencedor en la memorable jornada del 30 de marzo de 1844 respondió a la dictadura establecida por el ejército del Sur, aclamando Presidente a Duarte. Pero en su habitual precipitación el General Ramón Mella no preparó bien las cosas, el generoso impulso fracasó en Santiago y Duarte que estaba en Puerto Plata, negado a que en nombre suyo se ensangrentara la Patria, renunció a combatir, y fué expulsado del territorio, degradado y acusado de traidor e infiel a la patria que había surgido, armada y vencedora, de su devoto y noble cerebro.

Peregrinó entonces, pobre y angustiado, por las tierras de Venezuela, que eran entonces el *refugio in peccatorum* de los dominicanos. Tiempo, largo tiempo, hasta que el niveo vellón de los años cubrió su cabeza de Apóstol, vivió ignorado en la hermana República, esforzándose por reconstruir con su trabajo el patrimonio de sus hermanas con el cual se había costado la canastilla de la Patria.

En los Llanos del Apure vivía cuando el 10 de abril de 1862 supo que la República había sido anexada a España. Anciano su organismo carnal, ardía aún en su alma la llamarada juvenil del ideal. Lo abandonó todo, y tomando de nuevo el bordón se acercó a la costa, preparándose a regresar al país, que necesitaba otra vez el sacrificio de sus mejores hijos. A poco de estallar la Guerra de Restauración llegó al Cibao, donde las patriotas lo acogieron como un divino augurio de redención.

Pero ya el Apóstol se encontraba más cercano a la tumba que a la Epopeya. Momentos eran en que toda la ciencia política estaba en el filo de los sa-bles que ya aquel brazo debilitado por los años no podía esgrimir. Queriendo ser útil donde más eficacia tuviera, aceptó el cargo de regresar a Venezuela, a solicitar auxilio de los patriotas continentales.



Nada logró, porque entonces Venezuela ardía en las sañudas luchas civiles. El corazón era el mismo; pero la Nación estaba maniatada por la anarquía.

Triunfó al cabo de dos años de rudo batallar la causa restauradora, aunque, en realidad, el patriotismo, que más que cualquier otro sentimiento necesita ser ilustrado, sucumbió en las tinieblas de la ignorancia.

El virtuoso anciano no osaba regresar a la Patria, a horrorizarse con la contemplación de tan afrentosos duelos. El derecho era cosa decorativa y la única práctica la arbitrariedad. Ni la vida ni los bienes estaban seguros, y se cerraban escuelas más rápidamente que se abrían fosas, con ser tan repetidas las hecatombes. A pesar de todo, el prestante anciano repetía en su doloroso voluntario exilio, refiriéndose a la Patria: "*el día que la olvide será el último de mi vida*".

Once años pasó en esas angustias hasta que, apiadado Dios de tantas amarguras, el 15 de julio de 1876, le deparó la muerte en tierra extraña, clamando por la lejana Patria el más preclaro Prócer dominicano.

Durmió la primera parte de su sueño eterno en el cementerio de "Tierra de Jugo", en la hermosa Caracas, y en 1884, a iniciativa y diligencia del Honorable Ayuntamiento de Santo Domingo, sus venerables restos fueron trasladados e inhumados, como merecida apoteosis, en la Capilla de los Próceres de la Catedral Primada de América, que es el Panteón dominicano. (4)

(4) Acerca de la repatriación de los restos de Duarte véase el folleto *Juan Pablo Duarte. Documentos relativos a la traslación de sus restos*. Santo Domingo, 1884, 53 p. Contiene un retrato del Fundador de la República. Este interesante libro fué compilado y publicado por el licenciado don José Pantaleón Castillo y Contín (1852-1916), maestro y guía de la juventud dominicana de su tiempo, fundador de la Sociedad Cultural de AMIGOS DEL PAÍS, de actuación fecundísima, sus compañeros le llamaron el *Sócrates dominicano*. El traslado de los restos, en forma apoteósica, llevado a cabo por el Ayuntamiento de Santo

Duarte tuvo la fortuna, propicia a la futura educación del pueblo dominicano, de no haber jamás tomado parte en la acción violenta, que siempre aleja a los hombres de la exquisita pureza del ideal. Raras veces se ha logrado pasar de la dependencia a la soberanía sin derramar sangre; pero esa lucha violenta, que es la sombra que proyectan las superficies iluminadas, siempre desnaturaliza el ideal, siempre arrastra hacia la superficie de la tierra lo que debía cernirse en el éter, distanciado de cuanto enturbia y mancha.

Para las nuevas generaciones que se levantan en un medio iluminado por la instrucción, medio del cual se alejan avergonzadas la injusticia, la violencia, la arbitrariedad, para dejar el campo a la Justicia y a la práctica honrada de Deberes y Derechos, que fomentan todas las actividades sociales útiles, la veneranda figura de Duarte Apóstol, de Duarte Doctrina, de Duarte Virtud, será como un índice que señale al pueblo dominicano la vía al través del desierto para alcanzar honorable reposo en la Tierra de Promisión de la Cultura y la Justicia.

Feliz la Patria que tuvo su génesis en el noble pecho de varón tan virtuoso! El mundo marcha incesantemente y, cuando alcanza etapas avanzadas, quedan atrás, esfumándose en el horizonte, las figuras violentas, las que, matando, sirvieron la parte más terrena del ideal. Y en esas etapas, como paladión glorioso, como soles de irresistible fuerza centrípeta, se agigantan y hermocean las vidas pasadas de los que fueron hombres-ideas, hombres-virtud, hombres-sacrificio!

Domingo, principalmente, tuvo lugar siendo Castillo su presidente; las gestiones habían comenzado a practicarse desde 1880, siendo presidente del Cabildo don Manuel de J. García (1834-1907), benemérito impresor, hermano gemelo del Historiador Nacional.— (V. A. D.)

(a) Duarte se encontraba ya en el país, para el 18 de enero de 1833. En esa fecha apadrina en la Parroquia del Sagrario a la niña María de Belén Vega. (*Libro XXXIII de Bautismos, pág. 181. Est. B, Caj. 7, Leg. 1.*)— (V. A. D.)

